

independencia de Europa, que en las actuales circunstancias es imposible que las tropas de V. M. penetren en mis provincias. Este paso prejuzgaría la cuestión, embrollaría nuestras relaciones y causaría indudablemente la ruina de Europa. No, señor, libreme el cielo de abrigar el temor que, lo confieso, ha logrado abrirse paso á mi alrededor entre el patriotismo cegado por el miedo. Fúndome para ello en algo mas que en el carácter de V. M.; porque ningun soberano que se haya impuesto la hermosa tarea de defender el derecho de las naciones, especialmente el de las neutrales, querrá violar, si causas poderosas no le obligan á ello, el de un Estado amigo, vecino y aliado, que ha sido el baluarte de la seguridad del Norte y que nunca ha usado mas lenguaje que el de la concordia y de la paz. En circunstancias análogas á las presentes he dado la misma seguridad al ilustre padre de V. M., el cual supo corresponder lealmente á mi confianza. Este soberano vió que al ponerse en la imperiosa alternativa de abandonar ó de defender mis derechos se planteaba la cuestión de la completa ruina de Europa, y á su lado y teniendo cerca sus ejércitos pude dedicar á la defensa de mi débil vecino las fuerzas que, segun se decia entonces, procurando inspirarme temor respecto de sus intenciones, podria verme obligado á emplear mas ó menos tarde en mi defensa propia. Y V. M., el príncipe con quien me unen solemnes tratados por mí cumplidos y una amistad que me complace infinito, vuestra majestad que me pide cuenta de supuestas medidas de defensa de que se me acusa, mientras yo no le pido cuenta de las suyas, ¿habria de ser quien violara mis altísimos deberes de príncipe? No, señor; sean cuales fueren los frutos que puedan producir nuestras entrevistas, seguiré, sin abrigar temor alguno por la prosperidad de mis pueblos, el camino que me trazan el deber y la razon y ¡ojalá que la mayor gloria acompañe á V. M. en la senda que con preferencia sigue! Sea cual fuere la suerte á que nuestros caminos nos conduzcan, nadie podrá conseguir que tema el poder de vuestra majestad, y mucho menos que ponga su lealtad en duda. Perdona V. M. que por un momento le haya molestado, pero no me es posible abrigar respecto de V. M. segundas intenciones. Permitidme, etc »

Si comparamos esta carta, magistralmente redactada, con los acuerdos tomados en la conferencia del 19 de setiembre, veremos claramente lo que decia la del emperador Alejandro y lo que éste no pudo conseguir. En ella no se pedia permiso para el paso de las tropas rusas, sino que simplemente se anunciaba; la union de los prusianos á la empresa no se manifestaba como deseo del emperador, sino como deber del rey, y la entrevista personal se consideraba únicamente como un medio de hacer aparecer la adhesión del rey, conseguida ya por medio de la amenaza y del terror, como un convenio desventajoso. Pero la contestación echó por tierra todos estos planes. El rey se opuso al paso de las tropas, se negó á la union y declaró que ni temia el poder de los rusos ni consideraba al emperador, su amigo, vecino y aliado, capaz de proceder con deslealtad, y aceptó la idea de una entrevista amistosa para reanimar las impresiones de Memel, sin comprometerse de antemano políticamente con una sola palabra.

Antes de que esta carta llegara á manos del emperador, la de 5 de setiembre, que se habia cruzado con la primera de éste, habia hecho ya su efecto sin que en Berlin se sospechara nada de ello. En 23 de setiembre entregó Alopens la nota que anunciaba la adopción de las medidas coercitivas con que se habia ya amenazado; pero tal notificación no produjo, esta vez, el terror que se habia creído: el rey y su consejo no se inmutaron; y el día 24 escribió Metternich: «Ahora veo claramente que el rey no puede permitir el paso de las tropas por sus Estados sin exponer su dignidad perso-

nal » El día 28 era el señalado, segun dice Hardenberg (1), para que los rusos se pusieran en marcha, lo cual habian ya de hacer como enemigos: dos ejércitos debían penetrar en Prusia, uno de 50,000 hombres, procedente de Brzesc, por Varsovia y Breslau, y otro de 47,000, desde Grodno, por la Prusia. Un tercer ejército de 25,000 hombres debía acampar en la Pomerania sueca, y unido con aquellos dos, y con 7 ó 8,000 suecos, penetrar directamente en Hannover. En la madrugada del 27, Hardenberg, procedente de su posesión de Tempelberg, llegó á la capital; mandó llamar al embajador ruso Alopens, antes de presentarse al rey, y le manifestó que las noticias que á cada hora llegaban de Polonia no dejaban duda alguna acerca de la marcha inmediata de los rusos, por lo cual le suplicaba que procurara evitar este paso, pues con él la buena causa se veía amenazada por la mas terrible de las catástrofes. Alopens contestó que no era de su incumbencia dar órdenes á los ejércitos y que ya habia dado oportunamente cuenta á la corte prusiana de las resoluciones de su imperial majestad, de modo que se hubieran podido de sobra dar las convenientes órdenes para el libre paso de las tropas.

Esta conversacion no duró mas que dos minutos. Cuando el ministro ruso regresó á su casa se encontró á uno de sus agregados, el conde Ozarowski, que acababa de llegar de San Petersburgo con despachos del 18 de setiembre, en los cuales se encargaba á Alopens que declarara al ministerio «que en la esperanza de que el rey aceptaria la entrevista propuesta en la última carta en que se habia procurado demostrar que no habia propósito alguno de imposición, su imperial majestad habia aplazado la marcha de sus tropas hasta aquel momento, convencido, sin embargo, de que el rey no vacilaria en hacer con él causa comun » Este encargo se habia de considerar como no hecho en el caso de que el rey consintiera en la marcha de las tropas.

A pesar de la reserva que encerraba la indicación respecto de la entrevista, el aplazamiento de la marcha de las tropas era por sí solo una renuncia de los actos de violencia que en un principio se habian proyectado y que, segun habia podido ver el emperador por la carta del rey de 5 de setiembre, hubieran sido causa de una guerra antinatural con Prusia.

A consecuencia de un inesperado incidente, que luego referiremos, en octubre no solo no habia aumentado la tirantez de relaciones entre ambos monarcas sino que habian éstos llegado á una inteligencia personal y política que dió por resultado un tratado formal y quizás una alianza completa, todo lo cual hubiera sido imposible sin la contraórden que en 18 de setiembre recibieron los ejércitos en el preciso momento en que su marcha hubiera sido causa de sangrientas luchas con los prusianos, hasta entonces aliados. De suerte que para los rusos, que deseaban proceder en union de Prusia, la contraórden fué un acontecimiento salvador: los que no lo consideraron como tal, no querían la acción comun con dicha potencia sino una guerra contra ella: esto puede decirse terminantemente de Czartoryski, quien, en el documento de 1806, del cual tenemos ya conocimiento, dice hablando de la contraórden que suspendió la marcha de los rusos:

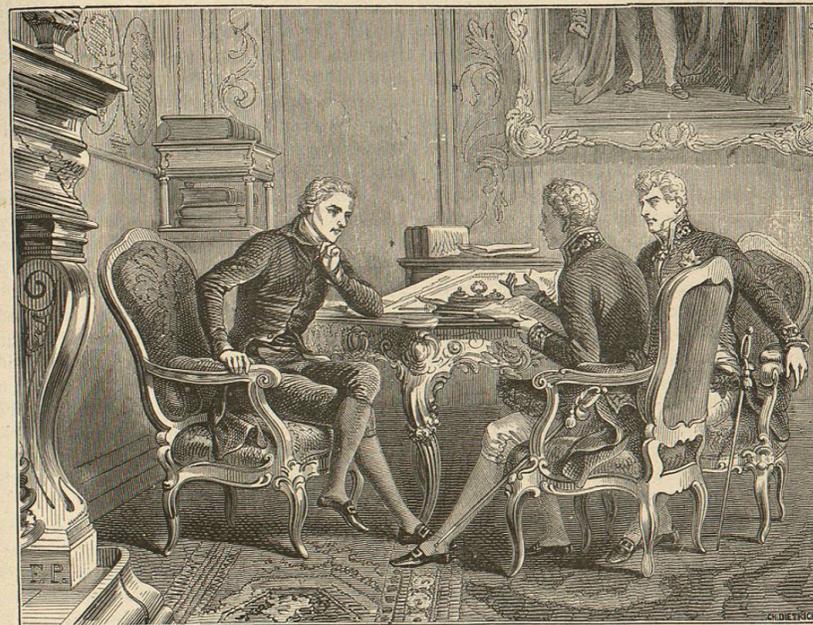
«Sin esperar á oír observación alguna, resolvió de repente su imperial majestad dar una contraórden, en vista de algunos párrafos del despacho de Alopens que, en el fondo, nada probaban en absoluto, pues en definitiva no podia pedirse que Prusia se sometiera á nuestra voluntad sin quejarse ó sin intentar, por lo menos, herirnos con algunas censuras ó atemorizarnos con la apariencia de una actitud enérgica. La

(1) *Memorias*, tomo II, pág. 220.

conducta de esta potencia respecto de Bonaparte demuestra suficientemente lo que de ella puede esperarse si se obra enérgicamente y sin vacilaciones. Mas de una vez hubiéramos tenido que derrotar á Prusia y entonces ésta se hubiera visto obligada á capitular. Era preciso apresurarse á derrotar á Prusia, de la misma manera que Bonaparte hizo con el Austria (1), y esto nos hubiera evitado muchos cuidados. Esta contraórden y la marcha de S. M. para reunirse con el ejército las considero como causa de todas las desgracias que despues han ocurrido.

De igual modo hice ver entonces á S. M. todos los inconvenientes que su presencia en el ejército traeria consigo, y desgraciadamente se ha confirmado lo que ya se habia predicho.

»En cuanto V. M. se reuna con los ejércitos, me permito decir que cesará la responsabilidad de los generales y recaerá toda sobre V. M. Los generales ya no mirarán con tanta atención los asuntos, ni se encargarán de nada ni seguirán buscando todos los medios para hacer triunfar la buena causa. Ya no habrá ningun mando supremo, pues V. M. no confesará haberse hecho cargo de él y los generales no lo ejercerán ya en realidad. Las intrigas de la corte y de los partidos sentarán sus reales en el campamento. Y añadiré que un soberano que no ha dado muestras de poder mandar, no debe colocarse nunca en una situación que le obligue, en circunstancias difícilísimas, á tomar inmediatas y decisivas resoluciones. Hice ver cuán funesto seria que V. M. sufriera



Conferencia en Londres entre Pitt y los enviados rusos Nowosiltzoff y Stroganoff.

derrotas y pregunté qué medios se tenían en reserva y lo que le quedaria que hacer en el caso de que se encontraran amenazados el honor y la seguridad de Rusia.

»Estas manifestaciones fueron tan poco atendidas como todas las demás: V. M., señor, emprendió el viaje, haciéndose preceder por la contraórden enviada al ejército. Esta desconsoló á los generales y á las tropas, que ardían en deseos de pelear con los prusianos, y consternó á los polacos, que solo esperaban una señal para correr al lado de V. M. El abatimiento y la consternación se apoderaron de todos cuando á la llegada de V. M. al campamento no cambió en nada la situación de las cosas. Cada día que transcurrió sin que las tropas penetraran en Prusia fué un día perdido para Rusia y para Europa y ganado para Bonaparte, que avanzó mientras nosotros estábamos quietos. Las ventajas que Bonaparte consiguió de esta manera, demasiado hemos debido sentirlas.»

Esto arroja luz sobre las tinieblas en que antes estaban envueltos los sucesos que precedieron á la guerra de 1805.

(1) *Il fallait se dépêcher de réduire la Prusse comme Bonaparte s'est dépêché avec l'Autriche*, obra citada, pág. 32.

Un plan mortífero contra Prusia se ocultaba bajo la hipócrita máscara (2) de una política que, en nombre de todos los derechos conculcados por Napoleon, se atribuía el derecho de obligar á Prusia á adherirse á la causa justa, aunque en realidad lo que se queria no era esta adhesión sino que Prusia se pusiera al lado de Francia, lo cual hubiera permitido á Rusia derrotar sus ejércitos y repartir sus provincias. Tal era la política del ministro que hasta el día 18 de setiembre tuvo en sus manos la dirección de los negocios y que, disgustado por la contraórden del emperador, quedó apartado de ellos cuando éste se presentó entre el ejército.

CAPÍTULO II

ULM, ANSBACH, POTSDAM

Desde el 29 de noviembre de 1803 representaba al Austria en Berlin un diplomático muy joven, á quien estaba reservado un brillante porvenir. Llamábase el conde Clemente de Metternich-Winneburg; era hijo del conde y luego prin-

(2) Véanse, por ejemplo, las palabras de Czartoryski en el despacho de 8 de diciembre: *Croit elle (la cour de Berlin) devoir rester toujours*

cipe Francisco Jorge de Metternich-Winneburg, y contaba entonces 31 años, pues había nacido en 15 de mayo de 1773 en Coblenza.

En sus memorias encontramos la seguridad de que el servicio de la diplomacia imperial en que su padre le había hecho entrar después de haberle educado previamente, era por completo contrario á sus inclinaciones, pues su mayor gusto hubiera consistido en permanecer tranquilamente en la vida privada para dedicarse á las ciencias, especialmente á las naturales y á la medicina, á las cuales se había aficionado extraordinariamente en Viena (1). Pero de sus consideraciones políticas se desprende que lo que le repugnaba y cumplía contra su voluntad era, mas que la carrera diplomática, la tendencia que le obligaba á seguir el ministro Thugut. El joven diplomático formula varias censuras contra la política austriaca de aquel tiempo en general y contra el ministro Thugut en particular; atribuye la culpa principal de los inauditos triunfos de Francia á la «inconsecuencia» de los ministros austriacos que desde la muerte de su suegro el príncipe Kaunitz estuvieron al frente del gabinete de Viena, y encuentra en la administración de Thugut únicamente «una serie no interrumpida de errores y de cálculos falsos (2)». No dice cuál es la falta que consideraba como la principal de la política de un ministro á quien demostró que en la guerra contra Francia, es decir, en la lucha contra la preponderancia francesa, había procedido literalmente en armonía con cada una de sus fases; pero podemos suponer que el robo de Venecia y la entrega de las comarcas del Rhin y de las fundaciones eclesiásticas fueron, á su modo de ver, «las principales culpas del ministro», pues creía que sus consecuencias, indudablemente no deseadas, habían sido las continuas derrotas en los campos de batalla, derrotas que el mismo Metternich siendo ministro no pudo evitar. Metternich exageraba ciertamente en aquella política la incontrastable fuerza de la resistencia contra el espíritu de la Revolución, de cuya resistencia decía que se había sentido animado siendo estudiante en Strasburgo y en Maguncia, á pesar de las tentaciones á que le sometía un intendente de la corte que profesaba las ideas jacobinas.

Lo que en estas memorias suscritas en 1844 se asegura está confirmado por los escritos que en su juventud redactó su autor. En octubre de 1793 escribió una ardiente «proclama al ejército» para encender en él el deseo de venganza por la muerte de María Antonieta, ejecutada en 16 del propio mes. «Guerreros! — decía en ella, — vuestro valor, vuestra bravura no necesitan excitación alguna: redoblad sin embargo el celo, el ansia de vengar el horrible crimen, la sangre de María Teresa, en los monstruos á quienes combatís. María Antonia de Austria, reina de Francia, ha sido asesinada por ellos: la inocencia ha sido por ellos conducida al cadalso, lugar de ignominia. Destruyamos á los jefes de estos impíos asesinos, de los asesinos de su reina y de su patria. ¡La sangre de nuestra inmortal Teresa, la sangre austriaca ha corrido por el cadalso! ¡Oid su voz, que os excita á la venganza! ¡Venganza hasta morir os piden también el cielo y la tierra! ¡Valientes defensores de vuestros monarcas legítimos, no descanséis hasta después de haber acallado sus clamores (3)!»

neutre entre la mauvaise foi, la perfidie la plus reconnue et la loyauté la plus noble, entre la haine cachée et l'amitié sincère, entre l'ambition insatiable et le désintéressement le plus pur? — Martens, tomo VI, página 354.

(1) De los papeles dejados por Metternich, publicados por el príncipe Ricardo Metternich-Winneburg. Viena, 1880, tomo I, págs. 24-25.

(2) De los papeles dejados por Metternich, tomo I, pág. 29.

(3) Papeles de Metternich, tomo I, pág. 339.

En agosto de 1794 se dió también á conocer como escritor, publicando — aunque no con su nombre — un folleto «sobre la necesidad de un armamento general del pueblo en las fronteras de Francia, por un amigo de la tranquilidad general (4)». Este escrito comenzaba con las siguientes frases: «La Revolución francesa ha llegado á un punto desde el cual amenaza arruinar á todos los Estados de Europa. Su objeto es propagar la anarquía universal y para ello cuenta con poderosísimos medios. Cuatro años de conmociones interiores y tres guerras con las primeras potencias no la han debilitado. Sin dinero, sin forma de gobierno, sin ejército disciplinado, sin unidad, la revolución interior no se apoyaba en ninguna clase popular ni amenazaba al principio al extranjero. El incendio se consideraba distante y sin importancia, pero de repente todos despertaron. Un llamamiento general de auxilio resonó en todos los reinos; empuñáronse las armas y se enviaron ejércitos insignificantes. Una primera campaña desgraciada llevó á todas partes el terror: creyóse necesario adoptar medios mas enérgicos y se admiró la fuerza de los llamados *bufones de la libertad*. Brillantes fueron los comienzos del año 1793: ejércitos combatían contra ejércitos y en los anales militares será eterna la historia del mes de marzo. El ejército francés, derrotado en todas partes y casi aniquilado, huyó hasta sus fronteras y solo se encontró seguro en la multitud de fortalezas, baluartes del arruinado reino. Los tiranos de la Convención temblaron y ordenaron á toda la nación que se preparara para ponerse en marcha. Las tropas fueron divididas en las que se llamaron requisiciones y el que se negó á ingresar en las filas sucumbió en la guillotina. Al propio tiempo corrieron á las fronteras masas procedentes de todas las comarcas de Francia: niños y ancianos, voluntarios y forzados, cobardes y valientes, todos combatieron á una. Los pueblos cayeron sobre los ejércitos y pequeños destacamentos resistieron á grandes masas. Millares de hombres caían en un lado y millares de hombres les reemplazaban: centenares sucumbían en otro y los vacíos que dejaban no eran llenados.»

¿Qué enseñanza puede sacarse de la guerra del año 1793? La de que un pueblo armado es invencible. Esto solo lo comprendió Bélgica, que procedió en su consecuencia. Allí (Metternich había pasado el invierno de 1793-94 en Bruselas) cundió la idea de armar á todo el pueblo, y en algunas amenazadas comarcas de la provincia de Flandes se distribuyeron, en efecto, armas y municiones. «El labrador las aceptó con alegría: el propietario para defender sus bienes y el que no lo era por seguir el impulso que se había dado. Una medalla de honor concedida como recompensa á los que se portaban con valor excitó el entusiasmo de los campesinos. Cada labrador quería ser un héroe: todos ansiaban llevar en el ojal la escarapela blanca y encarnada.» «¡Príncipes! ¡con qué medios, en apariencia de escasa importancia, podeis conseguir grandes fines!» Pero «es incomprensible la repulsion que algunas inteligencias obtusas sienten hácia el primer paso de este medio del cual todo puede prometerse: al monarca se le trazó un cuadro de horrores y una prohibición siguió al primer signo de esta resolución del pueblo de los Países Bajos.»

¿Quién tuvo la culpa de esta grave falta, de la que tanto hubieron de arrepentirse cuando ya era demasiado tarde? En sentir del «viejo diplomático» «la tuvieron aquellos hombres que miraron aquella guerra como otra cualquiera, consideraron los comienzos de la Revolución juego de niños y contemplaron con verdadera indiferencia de doctores el incendio general. El autor oye cómo exclaman ahora: «¡Qué,

(4) Inserto en los Papeles de Metternich, tomo I, págs. 340-345.

armar al pueblo, dar armas á la plebe! ¡Quereis, pues, vuestra propia ruina!» y les contesta: «Esto será una verdad dentro de pocos años, pero ahora es falso. Y ¿qué loco podrá aconsejar el armamento de la plebe? La clase del verdadero pueblo nunca se ha diferenciado tanto de la de la plebe como en los tiempos en que el primero tenga que defender sus propios bienes contra los ataques de la segunda. El pueblo es en todas partes contrario á la implantación de las nuevas teorías, la plebe le es favorable. La existencia del primero, que es el preponderante, está íntimamente ligada con la tranquilidad general; el pequeño número que constituye la segunda busca el desorden. El pueblo encuentra su salvación en la defensa propia, en la defensa de sus bienes, por escasos que éstos sean: la plebe, que nada tiene que perder y que todo lo puede ganar con el desorden, solo se encuentra en las ciudades y tiene ocupación en mil trabajos y servicios en el campo, debiendo por tanto su subsistencia al labrador establecido y dependiendo por completo de él. Al hablar de un armamento general del pueblo, no me refiero á la clase, siempre peligrosa para el Estado, de los desocupados, de los que nada poseen, de los hombres casi siempre dispuestos á la rebelión, cuyo número aumenta extraordinariamente en las grandes ciudades de algunos años á esta parte. Dénse á los labradores establecidos armas, ó mejor, permítaseles tenerlas y hacer de ellas uso contra este peligro tan grave é inminente. ¿Quién se negará á defender sus bienes, su mujer y sus hijos?»

Metternich confía por completo en la fuerza defensiva de un pueblo que lucha por todas las cosas para él sagradas. A la pregunta del diplomático de la antigua escuela: «¿Qué sería de vuestras masas bisoñas enfrente de las tropas francesas, acostumbradas á la lucha?» contesta diciendo: «Lo que será siempre una multitud libre que lucha por sí misma y por sus bienes contra otra que combate por fuerza, sacrificada por algunos odiados tiranos.»

Este documento termina con la siguiente excitación: «¡Soberanos y pueblos, tan estrechamente unidos por intereses comunes! Cada día está mas cerca el fin de vuestra tranquilidad: pocos momentos os quedan; luego os arrepentireis, cuando ya sea tarde, del tiempo que habeis perdido sin hacer nada. Os toca decidir de vuestra suerte y de la de vuestros hijos. El ejemplo de tres campañas inútiles os enseña la necesidad de emplear medios mas enérgicos contra el peligro próximo que amenaza. Aplicad esos medios con que vuestros respectivos enemigos han contado hasta ahora. Padres de familia y propietarios, combatid unidos con los valientes defensores de vuestra patria, de vuestros príncipes, de vuestros bienes. Si estais unidos, ante vosotros huirán las hordas de bandidos y á vuestro lado se pondrán los hombres de bien de todos los pueblos. A vosotros os deberá la Europa su existencia y su tranquilidad las venideras generaciones.»

En estos dos escritos encontramos un lenguaje que á menudo vemos usado por el joven Metternich, el cual lo abandonó en su ancianidad después de haber recibido grandes lecciones de la experiencia. Su conducta posterior estuvo en abierta contradicción con la manera de pensar de que era reflejo aquel lenguaje. El joven Metternich creía en el «pueblo»; el Metternich anciano no creía ya en él y perseguía á aquellos en quienes en su juventud había puesto su fe. Sabía, sí, distinguir muy bien entre el pueblo y la plebe, entre la ciudad y el campo, y daba pruebas de gran penetración cuando, contra toda apariencia, afirmaba que los que poseían constituían la mayoría y los que no poseían nada eran la minoría; pero se dejaba llevar por un idealismo juvenil cuando, confiando en los primeros, creía que un armamento general no ofrecía peligro alguno y que los temores de las au-

toridades eran pueriles. Prematuro era el talento de este joven de veintinueve años que media tan bien lo terrible de la Revolución y la impotencia del arte político y del arte militar antiguos contra lo que llamaba «la emigración de los pueblos»; pero cabe calificar de precipitación juvenil su creencia de que contra la fuerza fascinadora de sus doctrinas y de su ejemplo el impulso de los ciudadanos y labradores armados constituía un baluarte en el cual podían confiar incondicionalmente los monarcas. Ya se comprenderá, sin embargo, que este modo especial de ver implicaba el odio á la Revolución tan fundamental é irreconciliable como el que le tenía Metternich.

La «inconsecuencia» que en este punto censuró en los demás no se basaba, como él suponía, en falta de razonamiento ó de carácter, sino que podía derivarse muy bien, como nos lo prueba el ejemplo de Leopoldo II, de la convicción de que en estas cuestiones no todo el derecho y toda la razón estaban en el bando propio ni toda la injusticia y toda la sin razón en el bando contrario. Esto era lo que no comprendía Metternich y de aquí el carácter de implacable que su hostilidad revestía.

Las cartas que en 1797 y 1798 escribió á su esposa (1) en ocasión en que representaba al Colegio de los condes westfalianos en el congreso de Rastadt demuestran hasta dónde llegaba esta animosidad: lo que pudo allí ver y oír acerca de la nueva Francia y de sus ciudadanos le parecía tan intolerable que cada vez que con ellos se ponía en contacto tenía que dominar sus náuseas. Escribiendo, en un principio, acerca de Bonnier y de Treilhard, decía: «En ellos creo ver á los asesinos de setiembre y á los guillotinos, y mis vísceras se ponen en conmoción.» Esto no procedía, sin embargo, de ilusiones que se hiciera acerca de la conservación del imperio. «El imperio, — escribía á cada paso, — está dado al diablo y es preciso hacerle la cruz.» El imperio y su constitución solo eran comparables en su concepto con la Prusia, á cuya nación profesaba casi tanto odio como á la República francesa. La primera embajada que obtuvo, después de largos esfuerzos, fué la del electorado de Sajonia, en Dresde; y en las instrucciones que, en 2 de noviembre de 1801, se le dieron, conforme á lo que él mismo había manifestado por escrito (2), figuraba el encargo de desterrar de esta corte, que entonces se mostraba leal á Prusia, «la influencia prusiana, ó por lo menos de debilitarla»; pues, contra lo que la Constitución federal y la misma alianza de príncipes exigían, era obra «del afán de engrandecimiento que cegaba al gabinete de Berlín,» fruto de una conducta «que despreciaba toda moral política» y obraba «sin consideración á las alianzas y á las promesas hechas,» y que se veía favorecida en la Alemania del Norte por «la obcecación» de los gabinetes y en los Estados protestantes por «el nuevo espíritu de vértigo.» En este sentido trabajó en Dresde con gran celo pero sin ningún éxito, hasta que fué enviado á la corte de Berlín (3), donde, en un principio, todo le salió mal.

La acogida que se le dispensó fué sumamente halagüeña: no se observó con él la rigurosa etiqueta en que la corte prusiana se encerraba respecto del cuerpo diplomático; el real matrimonio le trató como á un antiguo conocido, á pesar de lo cual solo hubo en toda la corte una persona de quien hablara toda su vida con respeto, tal era la reina Luisa. Hablando de ella escribía catorce años después: «Once años hacia

(1) Papeles de Metternich, tomo I, págs. 347-376.

(2) Papeles de Metternich, tomo II, pág. 3.

(3) Sus instrucciones para la corte de Berlín quedaron redactadas en 3 de noviembre de 1803, y están insertas en Fournier: *Genz y Cobenzel. Historia de la diplomacia austriaca, 1801-1805*. Viena, 1880, páginas 203-214.